

LIBRO 1

CUANDO EL MIEDO DEJA DE SER UNA EXCEPCIÓN

La persona frente
a la dictadura



VIA CÍVICA

Índice

Cuando vivir con miedo comienza a parecer normal	01
Cuando el miedo comienza a gobernar desde dentro	02
Cuando sobrevivir ocupa todo el espacio	03
Cuando se debilita el “nosotros”	04
La diferencia entre esperar y tener esperanza	05
Recuperar la condición de ciudadano	06
Para reflexionar	07
El miedo no puede ser el único organizador de nuestra vida	07



VÍA CÍVICA

Cuando vivir con miedo comienza a parecer normal

El miedo es una reacción natural frente al peligro. Todos, en determinadas circunstancias, sentimos miedo y tratamos de proteger aquello que consideramos más importante: nuestra vida, nuestra familia, nuestro trabajo o nuestra tranquilidad. Sería injusto, especialmente en un país que ha vivido años de represión y persecución, hablar del miedo como si fuera simplemente una falta de valentía. Muchas personas han tenido razones reales para callar, alejarse de determinados espacios o concentrarse en proteger a quienes dependen de ellas.

Sin embargo, existe una diferencia importante entre sentir miedo ante una situación excepcional y vivir durante tanto tiempo bajo determinadas condiciones que el miedo comienza a formar parte de la vida cotidiana. Al principio, una persona puede preguntarse si es prudente expresar una opinión o participar en determinada actividad. Con el tiempo, esa pregunta puede extenderse a casi todo: qué decir, con quién hablar, qué publicar, qué mensaje escribir o incluso qué pensar en voz alta. Poco a poco, la precaución puede transformarse en una costumbre y la costumbre en una forma de vivir.

Ese proceso tiene consecuencias que van mucho más allá de la política. Cuando una sociedad se acostumbra a vivir pendiente de lo que puede ocurrir si alguien habla, participa o expresa una opinión diferente, también cambia la manera en que las

personas se relacionan entre sí. La confianza disminuye, las conversaciones se vuelven más cautelosas y muchas personas comienzan a concentrarse exclusivamente en sus asuntos privados. No porque hayan dejado de preocuparse por el país, sino porque sienten que preocuparse no sirve de mucho o que involucrarse solo puede traerles problemas.

Con el tiempo puede instalarse una idea todavía más profunda: *“Esto no tiene nada que ver conmigo. Yo no me meto en política.”*

Pero los asuntos públicos nunca dejan realmente de afectar la vida de las personas. Las decisiones políticas influyen en la educación de los hijos, en las oportunidades de trabajo, en la seguridad, en la justicia, en la posibilidad de emprender, en la propiedad, en la libertad para asociarse y, en muchos casos, incluso en la posibilidad de permanecer o no en el propio país.

Por eso, este cuaderno no pretende pedirle a nadie actos de heroísmo ni juzgar las decisiones que cada persona ha tenido que tomar para protegerse. La pregunta es más profunda y, quizás, más útil:

¿Qué ocurre con una persona y con una sociedad cuando el miedo deja de ser una excepción y comienza a determinar la manera en que vivimos?

Responder esa pregunta es importante porque algún día Nicaragua tendrá que

reconstruir no solamente sus instituciones. También tendrá que recuperar la confianza entre las personas, la capacidad de colaborar y, sobre todo, la conciencia de que el futuro del país no puede quedar permanentemente en manos de unos pocos.

1. Cuando el miedo comienza a gobernar desde dentro

Una dictadura necesita instituciones que le permitan concentrar el poder, reducir los controles y castigar o intimidar a quienes considera una amenaza. Pero ningún sistema autoritario depende únicamente de la fuerza. La represión tiene un efecto más amplio cuando consigue modificar el comportamiento de las personas incluso sin necesidad de intervenir directamente en cada situación.

No es necesario vigilar cada conversación si las personas comienzan a vigilarse a sí mismas. No hace falta prohibir todas las opiniones si muchos ciudadanos concluyen que es mejor no expresar ninguna. Tampoco es necesario perseguir a todo aquel que pudiera involucrarse en la vida pública si una parte importante de la sociedad llega a pensar que participar no vale la pena.

Así, el miedo comienza a producir una forma de autocensura. La persona aprende cuáles son los límites que no conviene cruzar y, muchas veces, termina imponiéndose límites incluso más

estrictos que los que realmente existen. Esto no ocurre necesariamente porque sea débil o cobarde. Es una respuesta humana ante un entorno en el que las consecuencias de equivocarse pueden ser graves.

El problema aparece cuando esa lógica se prolonga durante años y comienza a afectar la manera en que una persona entiende su propio papel en la sociedad. La preocupación por protegerse puede transformarse lentamente en resignación. Lo que inicialmente era una decisión temporal —*“por ahora es mejor mantenerse al margen”*— puede terminar convirtiéndose en una idea permanente: *“No vale la pena involucrarse nunca.”*

Allí el miedo ha producido algo más profundo que el silencio. Ha reducido el horizonte de la persona.

Cuando eso ocurre, los asuntos del país comienzan a verse como algo que pertenece a otros: a los políticos, a los dirigentes, a quienes tienen poder o a quienes están dispuestos a asumir mayores riesgos. El ciudadano común puede llegar a sentir que su única responsabilidad consiste en adaptarse a las decisiones que otros toman.

Ese es uno de los daños más profundos que puede sufrir una sociedad. Una persona no deja de ser ciudadano porque tenga miedo o porque decida actuar con prudencia. Pero puede comenzar a olvidar que, además de sus responsabilidades

privadas, forma parte de una comunidad y comparte con otros un futuro común.

Recuperar esa conciencia no significa ignorar los riesgos. Significa comprender que **la prudencia no debe convertirse en una renuncia permanente a toda responsabilidad ciudadana.**

2. Cuando sobrevivir ocupa todo el espacio

Después de años de crisis política, económica y social, resulta comprensible que muchas personas hayan reducido sus preocupaciones a lo inmediato. Conseguir ingresos, cuidar a la familia, encontrar oportunidades para los hijos, resolver problemas cotidianos o ayudar a familiares que han tenido que emigrar son responsabilidades reales. Para muchas familias, simplemente mantener cierta estabilidad ya representa un enorme esfuerzo.

En esas circunstancias, pensar en el futuro del país puede parecer un lujo. ¿Para qué hablar de instituciones, ciudadanía o participación si hay problemas urgentes que resolver hoy?

Sin embargo, una sociedad enfrenta una dificultad seria cuando la supervivencia ocupa por completo el espacio de la vida pública. Si las personas dejan de preguntarse qué país quieren construir, otros seguirán respondiendo esa pregunta por ellas.

Los problemas públicos no desaparecen porque el ciudadano decida ignorarlos. La calidad de la educación seguirá afectando a sus hijos. La falta de instituciones confiables seguirá afectando su seguridad. La corrupción y la arbitrariedad seguirán determinando las oportunidades disponibles. Las decisiones tomadas desde el poder continuarán influyendo en su vida, incluso si ha decidido mantenerse completamente al margen.

Por eso, alejarse de la política no significa necesariamente escapar de sus consecuencias.

Existe, además, otro riesgo. Cuando una sociedad vive durante demasiado tiempo concentrada únicamente en resolver el presente, puede perder la capacidad de imaginar un futuro diferente. Las personas dejan de preguntarse cómo deberían funcionar las instituciones, qué oportunidades deberían existir o qué cambios serían necesarios para evitar repetir los mismos errores.

La desesperanza comienza muchas veces de esa manera. No siempre aparece como tristeza o derrota. A veces se presenta simplemente como una disminución de las expectativas. Se deja de esperar demasiado para no volver a sentirse decepcionado. Se deja de pensar en grandes cambios porque parece más prudente concentrarse en aquello que sí puede resolverse mañana.

Pero ningún país puede reconstruirse si, antes de que llegue la oportunidad del

cambio, nadie ha pensado en qué hacer con ella.

La reconstrucción comienza antes de que cambie el gobierno. Comienza cuando una sociedad vuelve a pensar en el país que quiere tener y en la responsabilidad que cada persona puede asumir para hacerlo posible.

Eso no exige que todos se conviertan en dirigentes o activistas. Exige algo más básico: recuperar la capacidad de mirar más allá de la próxima semana y reconocer que el futuro también es un asunto ciudadano.

3. Cuando se debilita el “nosotros”

El miedo no solamente transforma la relación de una persona con el poder. También puede cambiar su relación con los demás.

En una sociedad donde existe desconfianza, muchas personas comienzan a medir cuidadosamente lo que dicen y ante quién lo dicen. Se forman pequeños círculos de confianza, mientras el espacio común se reduce. Quienes podrían colaborar no siempre se conocen; quienes comparten preocupaciones similares pueden permanecer aislados unos de otros; y quienes tienen capacidades para aportar pueden preferir mantenerse en silencio.

Este aislamiento tiene consecuencias importantes porque ninguna sociedad está formada únicamente por individuos.

Las personas vivimos dentro de familias, comunidades, grupos profesionales, organizaciones, iglesias, asociaciones y múltiples espacios donde aprendemos a colaborar y a preocuparnos por asuntos que van más allá de nuestro interés inmediato.

Cuando esos vínculos se debilitan, también se debilita la capacidad de una sociedad para resolver sus problemas.

Una persona aislada puede sentirse impotente frente a una realidad que considera demasiado grande. En cambio, cuando las personas dialogan, se organizan y descubren objetivos comunes, comienzan a aparecer posibilidades que individualmente no eran visibles.

Por eso resulta tan importante recuperar la idea de comunidad. No se trata de pensar que todos debemos tener las mismas opiniones ni de negar las profundas diferencias que existen entre los nicaragüenses. Una sociedad sana no necesita unanimidad. Necesita aprender a convivir con sus diferencias sin convertir automáticamente al que piensa distinto en un enemigo.

Ese será uno de los grandes desafíos de Nicaragua. La reconstrucción democrática no podrá basarse simplemente en reemplazar un grupo de poder por otro. También tendrá que reconstruir la capacidad de los ciudadanos para encontrarse, discutir, cooperar y defender intereses comunes.

Esto implica recuperar algunas prácticas básicas:

- **Escuchar antes de descalificar.**
- **Distinguir entre una diferencia política y una enemistad personal.**
- **Reconocer que ningún sector posee por sí solo todas las respuestas.**
- **Aprender a colaborar incluso cuando no existe un acuerdo absoluto.**
- **Comprender que el futuro del país es demasiado importante para dejarlo exclusivamente en manos de una élite política.**

Una comunidad fuerte no elimina la libertad individual. Al contrario, permite que las personas encuentren espacios donde sus capacidades pueden convertirse en una contribución para otros.

Cuando el “yo” es la única medida de todo, la sociedad se fragmenta. Cuando reaparece el “nosotros”, comienza a ser posible pensar en responsabilidades compartidas.

4. La diferencia entre esperar y tener esperanza

Una de las frases más frecuentes en tiempos de crisis es: *“Algún día esto tiene que cambiar.”* Detrás de ella puede haber

un deseo sincero, pero también puede esconder una forma de espera pasiva.

Esperar significa confiar en que algo ocurrirá. La esperanza, en cambio, adquiere un significado diferente cuando se convierte en una razón para prepararse y actuar.

Esto es importante porque muchas sociedades pueden pasar años esperando un acontecimiento que resuelva sus problemas: un cambio político, una crisis del régimen, una negociación, una presión internacional o la aparición de un nuevo liderazgo. Algunas de esas cosas pueden ser importantes y, efectivamente, pueden crear oportunidades de cambio.

Pero ninguna oportunidad garantiza por sí sola un buen resultado.

Si una sociedad no se ha preparado, si no ha discutido sus ideas, si no ha formado nuevos liderazgos y si los ciudadanos continúan pensando que la política es responsabilidad exclusiva de otros, el cambio puede llegar sin que exista suficiente capacidad para construir algo mejor.

Por eso la esperanza no debería significar simplemente sentarse a esperar que Nicaragua cambie.

Debería llevarnos a otra pregunta:

Si mañana se abre una oportunidad para reconstruir el país, ¿estamos preparados para participar en esa tarea?

Prepararse puede significar muchas cosas. Puede ser estudiar y comprender mejor los problemas del país. Puede consistir en desarrollar capacidades profesionales que algún día puedan ponerse al servicio de la reconstrucción. Puede significar participar en una organización, apoyar una iniciativa ciudadana, aprender a dialogar con quienes piensan diferente o involucrarse directamente en un partido político.

No existe una única forma de asumir responsabilidad.

Lo importante es comprender que la desesperanza no se supera únicamente repitiendo que “todo estará bien”. La esperanza se fortalece cuando una persona descubre que todavía puede hacer algo, por pequeño que parezca, para prepararse y contribuir.

Una sociedad democrática no se construye solamente con personas que esperan buenos líderes. Necesita ciudadanos capaces de pensar, proponer, organizarse y exigir.

En ese sentido, **la esperanza deja de ser un sentimiento pasivo cuando comienza a convertirse en responsabilidad.**

5. Recuperar la condición de ciudadano

Tal vez la consecuencia más grave de una dictadura prolongada sea que muchas personas terminen sintiéndose ajenas a los asuntos públicos. No porque hayan dejado de amar a su país, sino porque han

aprendido que sus opiniones parecen no tener ningún efecto.

La democracia, sin embargo, exige recuperar una idea fundamental: el país no pertenece a quienes gobiernan. Tampoco pertenece exclusivamente a los partidos, a los empresarios, a los militares o a cualquier otro grupo de poder. Un país pertenece, en sentido político y moral, a las personas que lo forman.

Ser ciudadano significa precisamente reconocer que compartimos derechos, pero también responsabilidades frente a la comunidad de la que formamos parte.

Eso no significa que todos debamos participar de la misma manera. Algunas personas tendrán una participación política directa. Otras aportarán desde sus profesiones, sus comunidades, organizaciones sociales, espacios educativos o iniciativas ciudadanas. Lo importante es abandonar la idea de que solo existen dos opciones: convertirse en político profesional o no tener absolutamente ninguna relación con los asuntos públicos.

Entre esos dos extremos existe un amplio espacio de participación.

Un ciudadano puede comenzar por informarse mejor. Puede aprender a distinguir entre información y propaganda. Puede participar en conversaciones serias sobre los problemas del país. Puede apoyar iniciativas que considere valiosas. Puede aportar sus conocimientos. Puede

organizarse con otros. Puede exigir mejores propuestas a quienes aspiran a representar a la sociedad. Y también puede decidir, si así lo considera, involucrarse directamente en una organización política.

La política democrática no debería ser un espacio reservado para unos pocos. Es una herramienta imperfecta, sin duda, pero necesaria para organizar la vida común y tomar decisiones sobre asuntos que afectan a todos.

Por eso, la respuesta ante una mala política no puede ser abandonar para siempre la política.

Si las personas capaces, honestas y comprometidas se retiran completamente, alguien ocupará ese espacio. La pregunta no es si habrá política. Siempre la habrá.

La pregunta es **quiénes participarán, con qué ideas y con qué sentido de responsabilidad.**

Para reflexionar

Este primer cuaderno no pretende ofrecer respuestas definitivas. Su propósito es plantear una conversación que Nicaragua necesitará tener: la de nuestra propia responsabilidad frente al futuro.

Vale la pena preguntarse:

- ¿En qué medida el miedo ha comenzado a limitar mi manera de pensar o participar?

- ¿He llegado a considerar los problemas del país como responsabilidad exclusiva de “los políticos”?
- ¿Qué cosas he comenzado a aceptar como normales simplemente porque han ocurrido durante demasiado tiempo?
- ¿Qué capacidades, conocimientos o experiencias podría aportar a otras personas o a mi comunidad?
- ¿Estoy esperando que alguien más construya el país que deseo o me estoy preparando para participar, de alguna manera, en esa construcción?

No todas las personas responderán igual. Tampoco todas tendrán las mismas posibilidades o asumirán los mismos riesgos. La responsabilidad ciudadana no consiste en exigir que todos hagan lo mismo.

Consiste en reconocer que **nadie tiene que hacerlo todo, pero nadie debería convencerse de que no puede hacer absolutamente nada.**

El miedo no puede ser el único organizador de nuestra vida

Nicaragua ha vivido años en los que el miedo, la incertidumbre y la frustración han influido profundamente en la vida de las personas. Sería ingenuo pretender que esas experiencias desaparecen

simplemente porque alguien nos invite a tener esperanza. Las heridas de una sociedad necesitan tiempo, confianza y nuevas experiencias para comenzar a sanar.

Pero también debemos evitar que una situación excepcional se convierta en nuestra manera permanente de entender el país y nuestro propio papel dentro de él.

La reconstrucción de Nicaragua requerirá recuperar instituciones, derechos y oportunidades. Será necesario discutir cómo reconstruir la economía, cómo garantizar justicia, cómo recuperar la educación y cómo evitar que el poder vuelva a concentrarse sin límites.

Sin embargo, ninguna de esas tareas podrá sostenerse únicamente desde las instituciones.

También será necesario recuperar ciudadanos que comprendan que la libertad no consiste solamente en que nadie decida por ellos. La libertad también exige aprender a decidir, participar y asumir responsabilidades.

Quizás el primer paso no sea preguntarnos quién resolverá todos los problemas de Nicaragua.

Quizás la pregunta más importante sea otra:

¿Qué estoy dispuesto a aprender, aportar o asumir para no ser solamente espectador de la historia de mi país?

Nadie puede responder esa pregunta por nosotros.

Pero una sociedad comienza a recuperar su fuerza cuando un número creciente de personas deja de pensar que el futuro pertenece exclusivamente a quienes tienen el poder y comienza a reconocerse, nuevamente, como parte responsable de una comunidad y de un país.

Ese proceso no elimina el miedo de un día para otro. Tampoco exige actos imposibles.

Comienza con algo más sencillo, aunque profundamente importante: **recordar que, incluso en tiempos difíciles, seguimos siendo ciudadanos y que algún día Nicaragua necesitará que estemos preparados para ejercer plenamente esa condición.**



www.viacivica.org